

DON NARCISO CAMPILLO

AL VERANO

Bajo el follaje de robusta encina
Por la segur y el tiempo respetado,
Asilo fiel del ave peregrina
Y verde pompa del feraz collado,
Miro cuán lento el sol y grave inclina
El ancho disco y resplandor sagrado,
Y solo yo con la natura en calma,
Melancólica paz siento en mi alma.

Ya vienes tú, consuelo y compañera
En el sendero de mi triste vida,
Tú, que engalanas la verdad severa
Y formas das á la ilusión querida,
Y nueva luz á la celeste esfera,
Y aromas á la selva florecida,
Inspiración, inspiración ardiente,
Con tu llama inmortal toca mi frente.

Del astro rey al moribundo rayo
Enajenado admire en torno mío,
El sauce mustio en lánguido desmayo
Besando el haz del transparente río:

El prado que gentil ornara mayo
Y enciende ahora el caloroso estío,
Donde la rubia mies trémula ondea
Cuando el céfiro plácido la orea.

¡Oh! cómo á nuestros ojos apareces
De majestad vestida y hermosura,
Y cuán grata y fecunda resplandeces
En el campo andaluz, rica natural!
Por tí su fruto en los estivos meses
Rinden el monte, el valle y la llanura,
Y bajo el techo de la humilde choza
El labrador al contemplarlos goza.

Goza, si; de sudor con larga vena
Bañó los surcos fértiles que abría
Su reja corva en rústica faena
Desde la aurora hasta morir el día:
La espiga ya creció: muestra serena
El antiguo olivar su lozania,
Y el fresco y ancho y delicioso huerto
Está de flores y verdor cubierto.

Mas no el olivo ni la mies dorada
Ornan tan solo mi natal ribera;
Que su lujo y su pompa más preciada
Naturaleza pródiga le diera:
Acaricia purpúrea la granada
El tronco de la altísima palmera,
Y sus hojas el plátano sonante
Ufano mueve con el aura errante.

El naranjo doquier su copa extiende
Llena de olores y de pomas de oro,
Que el meridiano sol vivido enciende
De su luz al espléndido tesoro:

Parece que la rama se desprende
Hacia el arroyo de cristal sonoro,
Y que el arroyo murmurante pára
Viendo en sus ondas su belleza rara.

Morados lirios hay, rojos claveles,
Y entre la grama blancas azucenas,
Simple tomillo, plácidos laureles,
Y madre selvas de fragancia llenas:
De donde liba sus sabrosas mieles
La abeja en las auroras más serenas,
Con eco ronco y en copioso bando
De floresta en floresta revolando.

Y para más belleza, no con ira
Bramadores torrentes se desatan,
Ni la tormenta por los aires gira,
Ni el ganado las fieras arrebatan;
Sólo en la linfa que fugaz suspira
Los árboles y flores se retratan,
Y purísimo azul ostenta el cielo,
Y trisca la cordera sin recelo.

No aquí se arrastran por hirviente arena
Cual en las playas del desierto Nilo,
Hórrida sierpe de ponzoña llena,
Ni acerado y sangriento cocodrilo;
No aquí la madre escucha de la hiena
El tremendo rugir, y en pobre asilo
Al niño débil con abrazo estrecho
Quiere ocultar en el turbado pecho.

No se levanta entre la verde alfombra
De fresca yerba pródiga de olores,
Árbol que engañe con nociva sombra
Y frutos tan lozanos cual traidores:

No el astro rey velado nos asombra
En negras nubes y húmedos vapores,
Ni espira solitario en su camino
Abrasado y sediento el peregrino.

Todo es paz y ventura: coronada
De fruto y flor la bella Andalucía,
Se alza risueña de esplendor bañada,
Cual suele alzarse en el oriente el día;
Que ya sobre la vega dilatada
Benigno el sol y generoso envía
Inmensos dones en su rayo cano:
Dones que ostenta plácido el verano.

Tiempo es ahora que el vellón de nieve
Rinda al pastor la cándida cordera,
Que el perezoso buey mugiendo lleve
La mies nutrida á la redonda era:
De donde esparza murmurando leve
La seca paja el áura más ligera,
Cuando con duro y resonante callo
Huella la espiga el volador caballo.

Tiempo es ahora en baño delicioso,
Si dormido en sus grutas yace el viento,
Y de las selvas el ramaje umbroso
No se agita con tenue movimiento,
De gozar el arroyo rumoroso
Que sobre guijas desmayado y lento,
Entre amargas adelfas encamina
La tarda huella y onda cristalina.

Aquí Nísida bella se bañaba,
Aquí su rubia cabellera de oro
Sobre la espalda y pecho derramaba,
Avara de esconder tanto tesoro:

Aquí su voz suavísima entonaba
Himnos que el eco repitió sonoro,
Y que las aves modularon cuando
Por el limpio raudal iba nadando.

Aquí en un tronco que en la margen crece
De una vid trepadora revestido,
Donde el ganado errante se guarece
Y tiene el dulce colorín su nido,
Un juramento fiel que amor le ofrece,
En la verde corteza halló esculpido:
La letra dice: «Nisida, primero
Que olvidarme de tí, la muerte quiero.»

Y enrojeció su púdico semblante,
Que ya por el amor estaba herida:
Y vió á lo lejos á su tierno amante
Con faz inquieta y la color perdida:
Contempla del zagal la fe constante,
Acúsase de ingrata, y conmovida,
La secreta pasión con que batalla
Dicen los ojos, si el acento calla.

Mas ora miro que despliega el cielo
Su magnífica pompa y hermosura:
La vista absorta con ansioso vuelo
Sube y se pierde en la sublime altura:
Nubes purpúreas ondeante velo
Extienden al brillar la noche pura,
Y sobre ellas la noche se adelanta,
Y al orbe todo misteriosa encanta.

¡La noche! De mi patria en el estío
Su blanca luna es sol resplandeciente,
Penetra por el bosque más sombrío,
Tiembla en las aguas de la clara fuente,

¡Astro de amor! El pensamiento mío
Á tí se alzó con entusiasmo ardiente,
Y exclamé al eclipsarte: «espera, espera,
No escondas, no, tu celestial lumbrera.»

Que tiene para mí fulgor suave,
Indecible y feliz melancolía,
Cuando en el alto nido muda el ave
No gime ó canta en la arboleda umbria:
Cuando el reposo y el silencio grave
Llenan el suelo y la región vacía,
Y exhala con rumor vago y profundo
Sones inciertos adormido el mundo.

Hora llena de encantos, luna bella,
Sombras queridas del que triste llora,
Pronto su luz la matinal estrella
Difundirá seguida de la aurora:
De su cuna oriental con noble huella
Saldrá el planeta que los orbes dora,
Y tierra y viento y mar en su alegría
Himnos sin fin tributarán al día.

En tanto luce desmayada y pura,
Rica de aromas, languidez y amores,
Dando á los cielos mística hermosura,
Y gotas de ámbar á las mustias flores,
Noche serena: tú con la dulzura
De tus sueños disipas los dolores,
Tú derramas la paz con franca mano,
¿Quién más galas que tú rinde al verano?

LA MONJA

I

Ella es alta y gentil. ¡Dios, cuán hermosa!
Envuelta hasta los pies en blanco velo,
Santa visión parece misteriosa,
Hija de los alcázares del cielo.

Ella tiene la tez de la azucena,
Pálida frente, labios de escarlata,
Y en su voz que los pechos enajena
Vibraciones metálicas de plata.

Su alma es de fuego y llena de ternura
Y nació para amar, como las flores
Nacen del sol á la sonrisa pura
Para esparcir balsámicos olores.

Los que al albor de juventud lozana
Huir del mundo y profesar la vieron,
Lirio pisado en su primer mañana,
O serafín divino la creyeron.

Que era, en verdad, terrible y doloroso
Ver á la tumba descender la vida,
Desposarse una esposa sin esposo,
Apagarse la lámpara encendida.

Y era también sublime el heroísmo
Y la fe del espíritu impaciente,
Que va derecho al fondo del abismo
Y piensa de su Dios hallarse enfrente.

Corona de las vírgenes sagradas,
Altars que escucháis su juramento,

Velos y rejas densos y cerradas,
Recinto impenetrable del convento;
Ceñid la hermosa frente de Maria,
Dadla el pavor que el ánimo avasalla:
Entre su celda solitaria y fría
Y el mundo levantad triple muralla.

¡Pensáis acaso helar su pecho ardiente
Con vuestra calma religiosa y grave?
Encadenad el vuelo de la mente,
Cortad sus alas rápidas al ave,

Negad aroma al campo y giro al viento
Y al joven corazón sueños de amores...
Bien: hallará otro mundo el pensamiento,
El ave se alzaré, brotarán flores;

Y sobre el campo lleno de belleza
Tibias auras armónicas vagando,
El himno de la gran naturaleza
De un mar al otro mar irán cantando.

¡Quién es aquella monja solitaria,
De ojos de fuego y pálido semblante,
Que mezcla y equivoca en su plegaria
Los nombres de su Dios y de su amante?

Ya deshace una flor hoja tras hoja
Y las entrega al aura fugitiva,
Y el tallo luego con su llanto moja,
Doblada la cabeza pensativa;

Ya se desliza como sombra vana
Por claustro, iglesia y amplios miradores,
Y le suena la voz de la campana
Cual gritos y fantásticos clamores.

¡Cuántas veces, María, la alta luna
Desde el sereno azul te vió llorando,

A tí, mujer hermosa cual ninguna,
Entre tu amor y religión luchando!
¡Amor! decía en el jardín el viento
Que desde fuera plácido llegaba;
¡Perjura! extraña voz en el convento
Por las sombrías bóvedas clamaba.
Al fin, calló la voz acusadora:
Sueños, quimeras, ilusión sería...
Y fué de amor la llama arrolladora
Más fuerte, más que tú, ¡pobre María!

II

Era la noche negra y sin rüidos,
Ni una estrella, ni un átomo vibrante,
La tierra, el aire, el cielo están dormidos;
Pero despierta la mujer amante.
Aquella celda cándida y severa
Donde en modesto altar Cristo preside,
Y á sus pies la amarilla calavera
Pavor infunde y oraciones pide;
Ya por última vez oye asombrada
No la maceración, ni el santo ruego,
Sino la voz del alma enamorada,
Su dulce queja y suspirar de fuego.
Palabras y suspiros que semejan
Blando rumor del agua entre corales,
Besos de querubines que se alejan,
Céfiros murmurando entre rosales.
Cuando María, de su amante avara,
Sus entrañas, su amor, su Dios le nombra,

La misma calavera se animara
Y dijera: «mujer, tu amor me asombra».
Ella peina su corta cabellera
Y ante un espejo de metal sonríe,
Luz ardiente en sus ojos reverbera,
Y en su hermosura y juventud se engríe.
¡Pues, qué! ¡No mira esa mujer enfrente
Tu sombra colosal, Mártir del mundo?
¿No te contempla de la cruz pendiente,
Por su amor enclavado y moribundo?
No; que una imagen con gozoso llanto
Y caricias sin fin besa y adora;
Y esa imagen no es tuya, Cristo santo,
Y no es por tí por quien delira y llora.
Es por un hombre, cuyo audaz semblante
El pincel reflejó con valentía;
Tan fiero, enamorado y arrogante,
Que con la misma muerte lucharía.
Y así no teme profanar el templo,
Ni arrebatar las vírgenes sagradas,
Aunque el rayo divino para ejemplo
Le volviere en cenizas calcinadas.
Vendrá esta noche: contra el viejo muro
La escala el viento moverá callado:
Mañana... ¡oh climas donde el sol más puro
Tan solo frentes libres ha besado!
¡Oh campos de amenísimas praderas!
¡Oh grandes bosques verdes y sombríos,
Ciudades con mil torres y palmeras
Que reflejan temblando inmensos ríos!
¡Oh pláticas secretas y sabrosas,
Llenas de ardor y llenas de embeleso,

Que en un beso principian cariñosas,
Y acaban, suspirando, en otro beso!
¡María! ¿por qué tiemblos? Demudado
Está tu rostro y sin acción tu planta,
Mientras latiendo el pecho enamorado
Tu blanquisima túnica levanta.

¿Quieres rezar, arrepentirte? Es tarde:
Ya sonó la señal: anda: él te espera:
Ella domina el corazón cobarde
Y baja como sombra la escalera.

Y atraviesa revueltas galerías,
Patios verdosos, pórticos oscuros,
Y siente del jardín las auras frías,
Y aspira con placer olores puros.

Allí, bajo un humilde cobertizo,
Un Cristo colosal sus brazos tiende,
Y un farol vacilante, apagadizo,
Su duro rostro á intervalos enciende.

Obra de tosco y fervoroso artista,
Sangriento y polvoroso y contraído,
En él se clava con horror la vista,
Y aun se espera escuchar hondo gemido.

—¡Oh mi primer amor, mi amor postrero!
¿Cómo pude vivir sin adorarte,
Sin verte, sin oírte, sin hablarte,
Y sin decirte que por tí me muero?

Así al pasar la pálida María,
En su amante pensando, murmuraba:
Y el Cristo pareció que se movía,
Y el Cristo pareció que la miraba.

Mas ella no lo vió, ni oyó á su amado;
Vió los añosos árboles, el muro,

Oyó la fuente, el viento regalado,
Los mil rumores del convento obscuro...
¡Dios! la escala allí está: y está el amante
A sus pies derribado contra el suelo:
Como el carbón las manos y el semblante
Y los ojos sin luz vueltos al cielo.

Ella entonces lo vió; ni voz, ni llanto:
Como la estatua del dolor callaba:
La corva luna se elevaba en tanto,
Dormía el mundo, el agua murmuraba.

Por fin, dió un grito ante el cadáver frío:
—«¡Oh infeliz entre todas las mujeres!
¡Esposo, amado esposo, esposo mío!»
Y respondióla el Cristo:—«¿Qué me quieres?»

DON RAMÓN RODRIGUEZ CORREA

EL PRO Y EL CONTRA

Si cuando la lluvia cala
Y se tiritita de frio,
De un casado amigo mio
Penetro en la tibia sala,
Y oigo un beso mientras espero
Y él me recibe amoscado,
Digo cogiendo el sombrero:
¡Qué bueno es vivir casado!

Pero si el tal no está allí
Y la esposa al presentarse,
Viene á mi lado á sentarse
Y se arrima mucho á mí,
Poniendo si no me espero,
Un rostro desesperado,
Digo cogiendo el sombrero:
¡Qué malo es vivir casado!

Si en un pobre cuarto piso
Dos cónyuges que se adoran
Hacen del cuarto en que moran
Envidiable paraíso,

Y del trabajo la lidia
Termina un beso anhelado,
Exclamo muerto de envidia:
¡Qué bueno es vivir casado!

Mas si un cuarto principal
Habita alguna pareja,
Y el hombre á la mujer deja
Que pague siempre el local,
Y en solitaria desidia
Cada cual duerme en su lado,
Digo sin pizca de envidia:
Qué malo es vivir casado!

Si hasta el borde de una cuna
La pareja se adelanta
Y la esposa fiel levanta
Su frente sin mancha alguna,
Y un par de besos resuena
A un mismo tiempo estampado,
Exclamo lleno de pena:
¡Qué bueno es vivir casado!

Mas si oyendo asegurar
Que el hijo no sale al padre,
Los ojos se ve á la madre
Avergonzada bajar,
Y luego la faz serena
Besar del marido honrado,
Exclamo muerto de pena:
¡Qué malo es vivir casado!

.....
.....

Al nacer, puede tener
Gloria ó infierno el que nace;

Después que en la tumba yace
Dirá que tal es nacer.
Según del diablo el veneno
Pruebe, ó de Dios el regalo,
El nacer será muy bueno,
O el nacer será muy malo.

Lo mismo del matrimonio
Digo que del nacimiento,
Si me caso, en el momento
Podré dar mi testimonio.
Mientras tanto, de contado
Diré temiendo un revés....
¡Caramba! el estar casado
¡Qué bueno y que malo es!

DON AUGUSTO FERRÁN

Los mundos que me rodean
Son los que menos me extrañan:
El que me tiene asombrado
Es el mundo de mi alma.

Pasé por un bosque y dije:
«Aquí está la soledad»,
Y el eco me respondió
Con voz muy ronca: «aquí está.»
Y me respondió «aquí está»
Y sentí como un temblor,
Al ver que la voz salía
De mi propio corazón.

La muerte ya no me espanta;
Tendría más que temer
Si en el cielo me dijeran:
Has de volver á nacer.

Mirando al cielo juraste
No me engañarías nunca,

Y desde entonces el cielo
Solo con verte se anubla.

Las pestañas de tus ojos
Son más negras que la mora,
Y entre pestaña y pestaña
Una estrellita se asoma.

Sé que me vas á matar
En vez de darme la vida;
El morir nada me importa,
Pues te dejo el alma mía.

En lo profundo del mar
Hay un castillo encantado,
En el que no entran mujeres
Para que dure el encanto.

Morir contentos, vosotros
Que tenéis por compañeras
Dos madres que os acarician:
La Humildad y la Pobreza.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEDÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

DON GUSTAVO ADOLFO BECQUER

No digais que agotado su tesoro,
De asuntos falta, enmudeció la lira:
Podrá no haber poetas; pero siempre
Habrà poesía.

Mientras las ondas de la luz al beso
Palpiten encendidas;
Mientras el Sol las desgarradas nubes
De fuego y oro vista;
Mientras el aire en su regazo lleve
Perfumes y armonías;

Mientras haya en el mundo primavera
¡Habrà poesía!

Mientras la ciencia á descubrir no alcance
Las fuentes de la vida,
Y en el mar ó en cielo haya un abismo
Que al cálculo resista;

Mientras la humanidad siempre avanzando
No sepa á do camina;
Mientras haya un misterio para el hombre,
¡Habrà poesía!

Mientras sintamos que se alegra el alma,
Sin que los labios rían;

Mientras se llore sin que el llanto acuda
A nublar la pupila;
Mientras el corazón y la cabeza
Batallando prosigan;
Mientras haya esperanzas y recuerdos,
¡Habrá poesía!
Mientras haya unos ojos que reflejen
Los ojos que los miran,
Mientras responda el labio suspirando
Al labio que suspira;
Mientras sentirse puedan en un beso
Dos almas confundidas;
Mientras exista una mujer hermosa,
¡Habrá poesía!

Espiritu sin nombre,
Indefinible esencia,
Yo vivo con la vida
sin formas de la idea.
Yo nado en el vacío,
Del sol tiemblo en la hoguera,
Palpito entre las sombras
Y floto con las nieblas.
Yo soy el fleco de oro
De la lejana estrella;
Yo soy de la alta luna
La luz tibia y serena.
Yo soy la ardiente nube
Que en el ocaso ondea;

Yo soy del astro errante
La luminosa estela.
Yo soy nieve en las cumbres,
Soy fuego en las arenas,
Azul onda en los mares,
Y espuma en las riberas.
En el laud soy nota,
Perfume en las violetas,
Fugaz llama en las tumbas,
Y en las ruinas hiedra.
Yo atrueno en el torrente,
Y silbo en la centella,
Y ciego en el relámpago,
Y rujo en la tormenta.
Yo río en los alcóres,
Susurro en la alta hierba,
Suspiro en la onda pura,
Y lloro en la hoja seca.
Yo ondulo entre los átomos
Del humo que se eleva,
Y al cielo lento sube
En espiral inmensa.
Yo, en los dorados hilos
Que los insectos cuelgan,
Me mezcó entre los árboles
En la ardorosa siesta.
Yo corro tras las ninfas
Que en la corriente fresca
Del cristalino arroyo
Desnudas juguetean.
Yo en bosque de corales,
Que alfombran blancas perlas,

Persigo en el Océano
Las náyades ligeras.

Yo en las cavernas cóncavas,
Do el sol nunca penetra,
Mezclándome á los gnomos,
Contemplo sus riquezas.

Yo busco de los siglos
Las ya borradas huellas,
Y sé de esos imperios
De que ni el nombre queda.

Yo sigo en rauda vértigo
Los mundos que voltean,
Y mi pupila abarca
La creación entera.

Yo sé de esas regiones
A do un rumor no llega
Y donde informes astros
De vida un soplo esperan.

Yo soy sobre el abismo
El puente que atraviesa;
Yo soy la ignota escala
Que el cielo une á la tierra.

Yo soy el invisible
Anillo que sujeta
El mundo de la forma
Al mundo de la idea.

Yo, en fin, soy ese espíritu,
Desconocida esencia,
Perfume misterioso
De que es vaso el poeta.

Del salón en el ángulo obscuro,
De su dueño tal vez olvidada,
Silenciosa y cubierta de polvo
Veíase el arpa.

¡Cuánta nota dormía en sus cuerdas,
Como el pájaro duerme en las ramas,
Esperando la mano de nieve
Que sabe arrancarla!

¡Ay! pensé; ¡cuántas veces el genio
Así duerme en el fondo del alma!,
Y una voz, como Lázaro, espera
Que le diga: «¡Levántate y anda!»

Los invisibles átomos del aire
En derredor palpitan y se inflaman;
El cielo se deshace en rayos de oro;
La tierra se estremece alborozada;
Oigo flotando en olas de armonía
Rumor de besos y batir de alas;
Mis párpados se cierran... ¿Que sucede?
¡Es el Amor que pasa!

Mi vida es un erial,
Flor que toco se deshoja;
Que en mi camino fatal,
Alguien va sembrando el mal
Para que yo lo recoja.

Como enjambre de abejas irritadas,
De un oscuro rincón de la memoria

Salen á perseguirme los recuerdos
De las pasadas horas.
Yo los quiero ahuyentar. ¡Esfuerzo inútil!
Me rodean, me acosan,
Y unos tras otros á clavarme vienen
El agudo aguijón que el alma encona.

Volverán las obscuras golondrinas
En tu balcón sus nidos á colgar,
Y, otra vez, con el ala á sus cristales
Jugando llamarán.
Pero aquellas que el vuelo refrenaban
Tu hermosura y mi dicha á contemplar,
Aquellas que aprendieron nuestros nombres...

Esas... ¡no volverán!

Volverán las tupidas madre selvas
De tu jardín las tapias á escalar,
Y otra vez á la tarde, aun más hermosas,
Sus flores se abrirán;
Pero aquellas cuajadas de rocío,
Cuyas gotas mirábamos temblar
Y caer, como lágrimas del día....

Esas... ¡no volverán!

Volverán del amor en tus oídos
Las palabras ardientes á sonar;
Tu corazón de su profundo sueño
Tal vez despertará;
Pero mudo y absorto y de rodillas,
Como se adora á Dios ante su altar,
Como yo te he querido... desengáñate,
¡Así no te querrán!

ADVERTENCIAS